

843

Z.

PQ 2503

F7

S6

v.2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Compuesto en máquina «Typograph»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBAN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1623 MONTERREY, MEXICO

LA FORTUNA DE LOS ROUGON

CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO V

Silverio se tendió indolentemente sobre el caballete, y la campesina se alzó sobre las puntas de los pies. No decían nada, y mirábanse con aire confuso y sonriente. El joven hubiera, por otra parte, querido prolongar la actitud de la niña. Alzaba hacia él una cabeza adorable, unos grandes ojos negros y una roja boca, que le asombraban y le conmovían singularmente. Jamás había visto tan de cerca á una joven; ignoraba que pudiera existir tanto placer en contemplar una boca y unos ojos; parecíale que todo tenía un encanto desconocido: el pañuelo de color, el corsé blanco, a saya de algodón azul, sostenida por los tirantes estirados por el movimiento de los hombros. La mirada se deslizó á lo largo del brazo que le presentaba el escoplo: hasta el codo, el brazo era

de un moreno dorado, como envuelto en un aire caldeado; más allá, en la sombra de la manga de la camisa remangada, Silverio vió una desnuda redondez blanca como la leche; turbóse, inclinóse más, y pudo por fin coger el escoplo. La campesina comenzaba á sentirse contrariada. Permanecieron en la misma actitud, sonriéndose todavía, la niña abajo, con la cara siempre levantada, y el joven medio tendido sobre el caballete del muro. No sabían cómo separarse. No habían cambiado una palabra. Silverio hasta olvidaba darle las gracias.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó al fin.

—María—respondió la campesina;—pero todo el mundo me llama Miette.—Irguióse ligeramente, y con su voz clara preguntó á su vez:—¿Y tú?

—Yo me llamo Silverio—contestó el joven.

Hubo una pausa durante la que parecieron escuchar complacidos la música de sus nombres.

—Yo tengo quince años—dijo Silverio:—¿y tú?

—Yo cumpliré trece por Todos los Santos.

El joven hizo un gesto de sorpresa.

—¡Vaya! ¡Y yo que te había tomado por una mujer!... ¡Tienes unos brazos muy gordos!

Miette se echó á reír mirándose los brazos. Después no dijeron nada, y siguieron mirándose y riendo. Como Silverio no le preguntase más, Miette alejóse sencillamente y volvió á su tarea de arrancar las malas hierbas, sin levantar la cabeza; él permaneció un instante sobre el muro. El sol se ponía; una masa de rayos oblicuos enrojecía las tierras del Jas-Meiffren, que brillaban hasta el punto de semejar un incendio corriendo

al ras del suelo; y, en esta ardiente atmósfera, Silverio miraba á la pequeña campesina en cuclillas; sus brazos habían vuelto á empezar su rápido juego: su saya de algodón azul blanqueaba, y á lo largo de los morenos brazos distinguíanse fugitivos reflejos. Acabó por avergonzarse de permanecer allí, y bajó del muro.

Por la noche Silverio, preocupado con su aventura, intentó preguntar á tía Dida: acaso sabría ella quién era aquella Miette que tenía unos ojos tan negros y una boca tan roja; pero desde que habitaba aquella casa, la anciana no había echado una sola mirada al otro lado del muro del corral, que era para ella como una valla infranqueable que encerraba su pasado; ignoraba, quería ignorar lo que existía al otro lado del muro, en aquel antiguo recinto de los Fouque donde había enterrado su amor, su corazón y su carne. A las primeras preguntas de Silverio, lo miró con un espanto infantil. ¿Iba á remover las cenizas de aquellos fuegos extinguidos y hacerla llorar como su hijo Antonio?—No sé—dijo con acento rápido;—no salgo, no veo á nadie.

Silverio esperó el día siguiente con alguna impaciencia. Apenas llegó á su taller, hizo preguntas á sus compañeros; no contó su entrevista con Miette; habló vagamente de una muchacha que había visto de lejos en el Jas-Meiffren.—¡Ah! ¡Es la Chantegreil!—exclamó uno de los obreros!—Y sin que Silverio tuviera necesidad de interrogarlos, sus compañeros le contaron la historia del cazador furtivo Chantegreil y de su hija Miette, con ese odio ciego de las multitudes contra los

parias; hablaron, sobre todo, de esta última de una manera sucia, y siempre les venía á los labios el insulto de «hija de presidiario», como una razón sin réplica que condenaba á la inocente á eterna vergüenza. El carretero Vian, hombre valiente y digno, les impuso silencio.

—¡Eh! ¡Callad, malas lenguas!—dijo, soltando las varas de un carro que examinaba.—¿No os da vergüenza cebaros en una niña? Yo la conozco, y tiene un aire muy honrado; sé, además, que es muy trabajadora y que hace las faenas de una mujer de treinta años; hay aquí holgazanes que no valen lo que ella. Le deseo para después un buen marido que haga callar á los murmuradores.

Silverio, á quien las bromas y las injurias groseras de los obreros habían deejado frío, sintió agolpársele á los ojos las lágrimas al oír las palabras de Vian; por lo demás, no desplegó sus labios; volvió á coger su martillo, que había dejado á un lado, y se puso á golpear con todas sus fuerzas en una rueda que estaba calzando.

Por la tarde, así que volvió del taller, corrió á escalar el muro y encontró á Miette ocupada en su trabajo de la víspera. La llamó; acercóse ella con embarazosa sonrisa y su aspecto salvaje de niña crecida entre lágrimas.

—Tú eres la Chantegreil, ¿no es verdad?—le preguntó bruscamente.

Ella retrocedió, cesó de sonreír, y sus ojos tomaron un negro obscuro brillante de desconfianza. ¿Aquel muchacho iba á insultarla como los demás? Volvía la espalda sin responderle, cuando

Silverio, consternado por el súbito cambio de su rostro, se apresuró á añadir:

—¡Quédate, te lo suplico!... No quiero causarte pena... ¡Tengo tantas cosas que decirte!

Ella volvió, desconfiando aún. Silverio, cuyo corazón rebosaba y que se había prometido vaciarlo, permaneció mudo, no sabiendo por dónde comenzar, temiendo cometer alguna nueva torpeza. Al fin puso todo su corazón en una frase:

—¿Quieres que sea tu amigo?—preguntó con voz conmovida.—Y como Miette, sorprendida, alzase hacia él sus ojos, que se habían humedecido y sonreían, continuó vivamente:—Sé que te hacen sufrir, y es preciso que esto acabe. Yo te defenderé ahora. ¿Quieres?

El rostro de la joven se iluminó: aquella amistad que se le ofrecía apartaba de ella todos los malos sueños de sordos rencores. Levantó la cabeza, y respondió:

—No; no quiero que riñas por mí; no acabarías nunca. Además, hay gentes contra las cuales no puedes defenderme.—Silverio quiso decir que la defendería contra el mundo entero, pero ella la cerró la boca con un gracioso gesto, añadiendo:—Me basta con que seas mi amigo.

Hablaron durante algunos minutos, bajando la voz todo lo posible; Miette habló largamente á Silverio de su tío y de su primo; por nada del mundo hubiera querido que lo vieses subido en el muro; Justino sería implacable si tuviese aquella arma contra ella. Contaba sus temores con el espanto de una colegiala que encuentra á una amiga con quien su madre le ha prohibido hablar.

Silverio comprendió tan sólo que no podría ver á Miette siempre que quisiera; esto le entristeció mucho; prometió, sin embargo, no volver á subir sobre el muro. Andaban buscando un medio para volver á versè, cuando Miette le suplicó que se fuera; acababa de ver á Justino atravesar la propiedad, dirigiéndose hacia el pozo; Silverio se apresuró á bajar. Cuando estuvo abajo permaneció al pie del muro, escuchando, é irritado de su huída. Al cabo de algunos minutos se atrevió á subir otra vez y echar una ojeada por el Jas-Meiffren; pero vió á Justino hablando con Miette, y retiró apresuradamente la cabeza. Al día siguiente no pudo ver á su amiga, ni aun de lejos: debía haber concluído su tarea en aquella parte del Jas. Así pasaron ocho días, sin que los dos camaradas tuvieran ocasión de cambiar ni una sola palabra. Silverio estaba desesperado; pensaba ir sencillamente á preguntar por Miette á casa de Rebufat.

El pozo medianero era grande y poco profundo; á cada lado del muro extendíase el brocal en amplio semicírculo; el agua se encontraba á tres ó cuatro metros á lo más; esta agua durmiente reflejaba las dos aberturas del pozo, dos medias lunas que la sombra del muro separaba con una línea negra. Mirando bien, se hubiera creído advertir en la vaga claridad dos espejos de limpieza y brillo singulares. Las mañanas de sol, cuando el gotear de las cuerdas no turbaba la superficie del agua, estos espejos, estos reflejos del cielo se recortaban blancos sobre el agua verdosa, reproduciendo con extraña precisión las hojas de una

yedra que se deslizaba á lo largo de la tapia por encima del pozo.

Una mañana muy temprano, Silverio, que venía á sacar agua para tía Dida, inclinóse maquinalmente en el momento que cogía la cuerda. Estremecióse, y quedó encorvado, inmóvil: en el fondo del pozo había creído ver una cabeza de joven que le miraba sonriendo; pero había movido la cuerda, y el agua, agitada, convirtióse en un espejo movable sobre el cual nada se reflejaba claramente; esperó que el agua se serenase, no atreviéndose ni á respirar, con el corazón palpitando fuertemente. A medida que las ondas se ensanchaban y desvanecían, vió que la aparición se formaba de nuevo, oscilante todavía con un balanceo que daba á sus rasgos una gracia vaga y fantástica. Se fijó al fin: era el rostro sonriente de Miette, con su pañuelo de color, su corsé blanco, sus tirantes azules. Silverio se vió también en el otro espejo. Entonces, sabiendo los dos que se veían, se hicieron señas moviendo las cabezas. En el primer momento, ni siquiera pensaron en hablar... Después, se saludaron.—Buenos días, Silverio.—Buenos días, Miette.

El extraño sonido de sus voces los asombró: habían tomado en aquel húmedo hueco una sorda y singular dulzura; les parecía que sus voces venían de muy lejos, con el ritmo ligero de las que se escuchan de noche en el campo. Comprendieron que les bastaría hablar bajo para oirse; el pozo resonaba al menor soplo. Con los codos apoyados en los brocales, inclinados y contemplán-

dose, hablaron. Miette dijo cuánta pena sentía desde hacía ocho días; trabajaba en el otro extremo del Jas, y no podía hacer una escapatoria sino por las mañanas temprano. Diciendo esto, hacía una mueca de despecho, que Silverio distinguía perfectamente, y á la cual respondía con un movimiento de cabeza que mostraba su irritación. Hacíanse sus confidencias, como si estuviesen frente á frente, con los gestos y las expresiones de la cara que requerían las palabras. Importábales poco el muro que los separaba, ahora que se veían allá abajo, en aquellas profundidades discretas.

—Yo sabía—continuó Miette con un gesto picaresco—que sacabas agua todos los días á la misma hora; oigo desde la casa chirriar la polea; he inventado un pretexto, asegurando que el agua de este pozo hace cocer mejor las legumbres; pensaba que vendría á sacar agua todas las mañanas al mismo tiempo que tú, y que podría darte los buenos días sin que nadie se enterase.—Se rió con la risa de la inocencia que celebra sus travesuras, y terminó diciendo:—Pero no imaginaba que nos veríamos en el agua.

Aquel descubrimiento inesperado los llenaba de júbilo; apenas hablaban más que para ver cómo se movían sus labios, tanto este juego nuevo divertía la infancia que aún existía en ellos. Prometiéronse en todos los tonos no faltar nunca á la cita matinal. Cuando Miette declaró que tenía que irse, dijo á Silverio que podía sacar su cubo de agua; pero Silverio no se atrevía á mover la cuerda. Miette seguía inclinada, veía sienpre su ros-

tro sonriente, y le costaba mucho trabajo borrar la dulce sonrisa. A un ligero movimiento que hizo el cubo, estremeciósse el agua, y la sonrisa de Miette palideció. Detúvose él sobrecogido por extraño temor: imaginábase que acababa de contrariarla y que lloraba; pero la niña le gritó: «Vamos, vamos», con una risa que el eco hacía más prolongada y más sonora; al mismo tiempo dejó caer un cubo con estrépito; sobrevino una tempestad, y todo desapareció bajo la agua negra. Silverio se decidió entonces á llenar sus dos vasijas, escuchando los pasos de Miette, que se alejaba al otro lado del muro.

A partir de este día, los jóvenes no faltaron ni una vez á la cita. El agua serena, aquellos blancos espejos donde contemplaban sus imágenes, daban á sus entrevistas un encanto infinito que llenaba por mucho tiempo sus infantiles imaginaciones. No tenían ningún deseo de verse cara á cara, porque les parecía más divertido aquello de tomar un pozo por espejo y confiar á sus ecos el saludo matinal. Bien pronto trataron al pozo como á un amigo antiguo; gustábales inclinarse sobre aquella sábana pesada, inmóvil, semejante á la plata en fusión. Abajo, en una semiclaridad misteriosa, corrían fulgores verdosos que parecían cambiar el húmedo agujero en asilo escondido en el corazón de un monte. Véanse así en una especie de verde nido, tapizado de musgo, en medio de la frescura del agua y de las hojas; y todo lo ignorado de este profundo manantial, de este agujero sobre el cual se inclinaban, atraídos, con ligeros estremecimientos, añadía á su alegría de sonreirse, un

temor delicioso no confesado. Acometiales la loca idea de bajar á sentarse en unas piedras que formaban como una repisa circular á algunos centímetros de la superficie; mojarían sus pies y hablarían durante largas horas, sin que jamás viniese nadie á buscarlos en aquel escondite. Después, cuando se preguntaban qué es lo que podría haber allá abajo, volvían á acometerles sus vagos terrores, y pensaban que ya era bastante el dejar bajar sus imágenes al fondo, entre aquellos verdosos fulgores y aquellos ruidos singulares que subían de los oscuros rincones. Estos ruidos, sobre todo, venidos de lo invisible, los inquietaban; con frecuencia les parecía que á las suyas respondían otras voces, y entonces callaban y escuchaban mil débiles lamentos que no se explicaban; trabajo sordo de la humedad, suspiros del aire, gotas de agua cayendo sobre las piedras y cuya caída tenía la grave sonoridad de un sollozo. Para tranquilizarse, hacíanse signos de cabeza afectuosos. El atractivo que los retenía apoyados en el brocal, tenía también, como todo punzante encanto, sus puntas de secreto horror. Pero el pozo seguía siendo su antiguo amigo; ¡era un pretexto tan excelente para sus citas! Jamás Justino, que espía todos los pasos de Miette, sospechó de su afán por ir á sacar agua todas las mañanas. Algunas veces mirábala de lejos inclinarse y entretenerse. «¡Ah! ¡La holgazana!—murmuraba:— ¡decir que la divierte hacer círculos en el agua!» ¿Cómo había de sospechar que al otro lado del muro había un galán que miraba en el agua la sonrisa de la joven, diciéndole: «Si ese asno rubio

de Justino te maltrata, dile que se verá conmigo?»

Este juego duró más de un mes. Era el de Julio; ardorosas las mañanas, llenas de sol, era una voluptuosidad acudir allí, á aquel húmedo rincón; placía recibir en el rostro el frío aliento del pozo, y amarse junto á un manantial á la hora en que empezaba el incendio del sol. Miette llegaba sofocada; en su carrera despeinábase los ricillos de su frente y de sus sienes; faltábale el tiempo para dejar en el suelo su vasija, é inclinábase, roja, vibrante de risas; y Silverio, que llegaba casi siempre el primero, experimentaba, al verla aparecer en el agua con tan loco apresuramiento, la viva sensación que habría sentido si ella se hubiese echado bruscamente en sus brazos en la encrucijada de un sendero. Alrededor de ellos parecía que cantaban las alegrías brillantes de la mañana, y una onda de luz cálida, sonora como rumor de insectos, estrellábase contra el viejo muro, los pilares y el brocal; pero ellos no veían ni el brillo del sol ni escuchaban los mil ruidos que subían del suelo; encontrábanse en el fondo de su verde gruta, bajo la tierra, en aquel agujero misterioso é imponente, olvidándose de gozar de la frescura y de la sombra, con una alegría llena de estremecimientos.

Algunas mañanas Miette, cuyo temperamento no se acomodaba á una larga contemplación, mostrábase traviesa; movía la cuerda, y hacía caer expresamente gotas de agua que turbaban el claro espejo y deformaban las imágenes; Silverio le suplicaba que se estuviese quieta. El, de un ardor más concentrado, no conocía placer más vivo que

mirar el rostro de su amiga reflejado con toda la pureza de sus rasgos. Pero ella no le escuchaba; bromeaba y ahuecaba la voz, á la que el eco daba una dulzura ronca.—No, no—decía riendo;—hoy no te quiero, y te hago gestos; mira qué fea estoy.—Y se divertía viendo las formas extravagantes que tomaban sus caras, aumentadas, bailando en el agua.

Una mañana se enfadó mucho. No encontró á Silverio, y le esperó cerca de un cuarto de hora, haciendo sonar en vano la polea. Iba á alejarse, exasperada, cuando llegó él. En cuanto lo vió, desencadenó una verdadera tempestad en el pozo; agitaba el cubo con mano irritada, y la ne-gruzca agua se arremolinaba, estrellándose contra las piedras. Silverio le explicó que tía Dida le había entretenido, pero á todas las excusas respondía ella:—Me has disgustado, y no te quiero ver.—El pobre muchacho interrogaba con desesperación aquel sombrío agujero lleno de ruidos lamentables, donde le esperaba otros días una visión tan hermosa en el silencio del agua muerta. Tuvo que retirarse sin ver á Miette. Al día siguiente, habiéndose adelantado á la hora de la cita, miraba melancólicamente al fondo del pozo, no escuchando nada, y pensando que acaso no vendría aquella mala cabeza, cuando la niña, que estaba ya al otro lado ocultando cuidadosamente su llegada, se inclinó de pronto, lanzando una carcajada. Todo fué olvidado. De este modo hubo dramas y comedias en que el pozo fué cómplice; aquel bienhadado agujero, con sus blancos espejos y su eco musical, avivó singularmente sus

ternuras; diéronle una extraña vida; lo llenaron de sus juveniles amores, de suerte, que mucho tiempo después, cuando ya no venían junto á su brocal, todas las mañanas Silverio, al sacar agua, creía ver aparecer la riente fisonomía de Miette en la vacilante semiobscuridad, conmovido todavía por las alegrías que allí había encontrado.

Aquel mes de gozosa ternura salvó á Miette de su muda desesperación. Sintió despertarse otra vez sus afecciones, sus dichosas niñerías, que había comprimido la odiosa soledad en que vivía. La seguridad de que era amada por alguien, de que ya no se encontraba sola en el mundo, volvía á hacerle tolerables las persecuciones de Justino y de los pilluelos del barrio. Siempre tenía dentro del corazón una música que no la dejaba oír las injurias; pensaba en su padre con tierna piedad, y ya no se abandonaba con tanta frecuencia á pensamientos de venganza implacable; sus nacientes amores eran como una fresca alborada que calmaba sus fiebres; al mismo tiempo adquiría cierta prudencia de muchacha enamorada. Pensaba que debía guardar su actitud muda y fiera, si quería que Justino no sospechase nada; pero á pesar de sus esfuerzos, cuando éste la hería, quedaban sus ojos llenos de dulzura y no acertaba á darles la mirada dura y negra de otras veces. Justino la oía cantar entre dientes por la mañana al desayunarse.—¡Oh, estás muy contenta, la Chantegreil!—decía con desconfianza examinándola con su aire maligno.—Apostaría á que has dado algún mal paso.—Ella se encogía de

hombros, pero temblaba interiormente, y esforzabase en desempeñar su papel de mártir rebelde. Por lo demás, aunque advirtiese las alegrías secretas de su víctima, Justino buscó mucho tiempo antes de conocer cómo se le había escapado.

Silverio, por su parte, saboreaba dichas íntimas. Sus citas diarias con Miette bastaban para llenar las horas ociosas que pasaba en la casa; su vida solitaria, las largas horas que transcurrían en silencio al lado de tía Dida, las empleaba en repasar uno á uno los recuerdos de la mañana, y en gozar con sus menores detalles. Experimentó desde entonces una plenitud de sensaciones que le maduró más todavía en la existencia claustral que llevaba al lado de su abuela. Por temperamento amaba los parajes ocultos, las soledades donde podía vivir á su gusto con sus pensamientos. En esta época se había ya dedicado ávidamente á la lectura de todos los libros incompletos que encontraba en las tiendas del barrio, y que debía inspirarle una generosa y extraña religión social. Esta instrucción, mal digerida, sin base sólida, le proporcionaba sobre el mundo, sobre las mujeres en particular, vanidades y voluptuosidades ardientes que habrían turbado singularmente su espíritu si su corazón hubiera estado vacío. Encontró á Miette, y la tomó desde luego como un camarada; después, por la alegría y la ambición de su vida. Por la noche, retirado en su alcoba, después de acercar la lámpara á la cabecera de su cama, volvía á encontrar á la niña en cada página del viejo y polvoriento libro que había tomado del estante, al azar, por encima de

su cabeza, y que leía con verdadera devoción. No podía encontrar en sus lecturas una joven, una criatura buena y hermosa, sin que la reemplazara inmediatamente con su amada. Y él mismo se ponía en escena. Si leía una historia novelasca, casábase al final con Miette, ó moría con ella; si leía, por el contrario, algún folleto político, alguna grave disertación sobre economía social, libros que prefería á las novelas por ese singular cariño que los que saben á medias tienen hacia las lecturas difíciles, también encontraba medio de interesarla en cosas mortalmente aburridas, que con frecuencia no llegaba á entender; quería aprender la manera de ser bueno y amante con ella, para cuando estuvieran casados; mezclábala de este modo á los ensueños más estupendos. Protegido por esta ternura contra las obscenidades de ciertos cuentos del siglo XVIII que cayeron en sus manos, complacíase, sobre todo, en encerrarse con ella en las utopías humanitarias de los más grandes talentos, enloquecidos por la quimera de la felicidad universal, que son sueños nada más en nuestros días; Miette hacíasele necesaria para la abolición del pauperismo y para el triunfo definitivo de la revolución. Aquellas noches de febriles lecturas, durante las cuales su espíritu en tensión no podía separarse del libro, que dejaba y volvía á tomar veinte veces, fueron su encanto; noches llenas de un voluptuoso enervamiento, del cual gozaba hasta que amanecía como de una embriaguez prohibida, con el cuerpo encerrado entre las paredes de su reducido cuarto, turbada la vista por la rojiza y vacilante luz

de la lámpara, entregándose con placer á los ardores del insomnio y fabricando proyectos de nueva sociedad, absurdos de generosidad, en que la mujer, siempre con el rostro de Miette, era adorada de rodillas por las naciones.

Encontrábase predispuesto al amor de la utopía por ciertas influencias hereditarias; en él, las agitaciones nerviosas de su abuela se convertían en entusiasmo crónico, en arrebatos por todo lo que era grandioso é imposible; su infancia solitaria, su incompleta instrucción, habían desenvuelto singularmente las tendencias de su naturaleza; pero no estaba todavía en la edad en que la idea hinca su clavo en el cerebro del hombre. Por la mañana, así que había refrescado su cabeza en un cubo de agua, ya no se acordaba sino confundidamente de los fantasmas de la víspera; de sus sueños conservaba únicamente una sencillez primitiva llena de cándida fe y de inefable ternura; volvía á ser niño; corría al pozo con la necesidad única de volver á encontrar la sonrisa de su amada y saborear la alegría de la luminosa mañana. Y durante el día, si le ponían pensativo los cuidados del porvenir, con frecuencia también, cediendo á súbitas efusiones, besaba en las mejillas á tía Dida, que le miraba llena de inquietud al ver sus ojos tan brillantes y tan llenos de una alegría que ella creía reconocer.

Entretanto Miette y Silverio dejaban poco á poco de verse sólo en la sombra; se habían cansado de su juguete, y presentían placeres más vivos que los que el pozo podía darles. En el afán de realidad que les acometía, habrían que-

rido verse cara á cara, correr por los campos, y volver sofocados, cogidos por la cintura, apretados uno contra otro, para sentir mejor su amistad. Silverio propuso una mañana saltar la pared, é ir á pasearse al Jas con Miette; pero la niña le suplicó que no hiciese una locura que la pondría á merced de Justino; él prometió buscar otro medio

La pared donde estaba enclavado el pozo formaba á algunos pasos más allá un brusco recodo, que abría una especie de hueco, donde los enamorados se hubieran encontrado al abrigo de las miradas; bien podían refugiarse allí. Tratábase de llegar á este hueco; Silverio no podía pensar en el escaló, del cual se habría asustado Miette; abrigaba secretamente otro proyecto. La puertecilla que Macquart y Adelaida habían abierto en otro tiempo en una noche, quedó olvidada en un rincón oculto de la vasta propiedad vecina; no se había pensado en condenarla. Ennegrecida por la humedad, verdeando de musgo, enmohecidos la cerradura y los goznes, parecía que formaba parte de la vieja pared. Sin duda se había perdido la llave; las hierbas que habían crecido junto á las tablas, contra las cuales habíanse formado pequeños taludes, probaban suficientemente que nadie pasaba por allí hacía muchos años; esta llave perdida era la que trataba de encontrar Silverio. Sabía con qué devoción guardaba tía Dida todas las reliquias del pasado; sin embargo, rebuscó por toda la casa, sin fruto, durante ocho días. Todas las noches la buscaba sigilosamente por todas partes; probó más de treinta, que pro-

venían sin duda del antiguo recinto de los Fouque, las cuales encontró en diversos lados, colgadas en las paredes, sobre las mesas, en el fondo de los cajones. Comenzaba á desanimarse, cuando halló al fin la dichosa llave, colgada de la puerta de entrada; allí estaba hacía cerca de cuarenta años. Todos los días debía haberla cogido tía Dida, sin decidirse jamás á hacerla desaparecer, ahora que ya no podía más que pensar dolorosamente en sus muertas voluptuosidades. Cuando Silverio estuvo seguro de que abría bien la puertecilla, esperó al otro día, pensando en las alegrías de la sorpresa que preparaba á Miette. La había ocultado sus investigaciones.

Al día siguiente, así que oyó á la niña dejar en el suelo su vasija, abrió dulcemente la puerta, de la cual se desprendieron largas hierbas que cubrieron el suelo. Al alargar la cabeza, vió á Miette inclinada sobre el brocal, mirando al fondo del pozo, absorta, esperándole. Entonces cruzó en dos brincos el hueco formado por el muro, y desde allí llamó: «¡Miette! ¡Miette!», con voz tan dulce, que la hizo estremecerse. La niña levantó la cabeza, creyéndole en lo alto del muro; luego, cuando le vió dentro del Jas, á algunos pasos de ella, lanzó un débil grito de asombro, y corrió hacia él. Cogiéronse las manos y se contemplaron, encantados de estar tan cerca el uno del otro, encontrándose más hermosos así, envueltos en la caliente luz del sol. Era el mes de Agosto, el día de la Asunción; á lo lejos sonaban las campanas, con ese acento límpido de las grandes fiestas que parece tener notas particulares, armonía dulce.—

¡Buenos días, Silverio!—¡Buenos días, Miette!—Y la entonación tiernísima de aquel saludo matinal los dejó asombrados; no conocían sus sonidos sino velados por el eco del pozo, y encontráronlos claros como el canto de las alondras. ¡Ah, qué bien se estaba en aquel rincón tibio, con aquel ambiente de fiesta! Y seguían cogidos de las manos, Silverio apoyado contra el muro, Miette un poco inclinada hacia atrás. Su sonrisa esparcía una claridad entre ellos. Iban á decirse todas las buenas cosas que no se habían atrevido á confiar á las sonoridades del pozo, cuando Silverio, volviendo la cabeza al advertir un ligero ruido, palideció y soltó la mano de Miette. Acababa de ver delante de sí á su abuela, erguida, parada en el umbral de la puerta.

La anciana había ido al pozo por casualidad. Al ver en la vieja y ennegrecida pared el hueco luminoso de la puerta que Silverio había abierto del todo, sintió como un golpe violento en el corazón; aquel hueco luminoso le parecía un abismo de luz abierto brutalmente en su pasado. Volvióse en medio de las claridades matinales, corriendo, deslizándose sobre el suelo con todo el arrebató de sus nerviosos amores. Macquart la esperaba allí; colgábase á su cuello y se apretaba contra su pecho, mientras que el sol naciente, entrando en el huerto por la puerta que no se cuidaba de cerrar, los bañaba en sus arroyos oblicuos. La brusca visión sacábala cruelmente del sueño de su vejez, como un castigo supremo, despertando en ella abrasadores recuerdos. Jamás se le había ocurrido que aquella puerta pudiera abrirse aún; para

ella, la había tapiado la muerte de Macquart. Si el pozo y la pared entera hubieran desaparecido debajo de tierra, no se hubiera asombrado mucho más; en su estupor había una especie de sorda cólera contra la mano sacrílega que, después de haber violado el sitio, había dejado tras de sí aquel hueco luminoso, como una tumba abierta. Adelantóse, atraída por una especie de fascinación, y se quedó inmóvil en el hueco de la puerta.

Miró delante de sí con dolorosa sorpresa. Se le había dicho que el recinto de los Fouque se encontraba reunido al Jas-Meiffren, pero jamás había pensado que su juventud hubiera muerto hasta este punto. Parecía que un huracán se había llevado todo lo que era caro á su memoria; la vieja casa, el vasto jardín, con sus verdes cuadros de legumbres, no existían; ni una piedra, ni un árbol de otro tiempo; y en su lugar, en aquel rincón donde había crecido, y que aún veía la víspera cerrando los ojos, extendíase un trozo de terreno desnudo, una ancha faja de tierra, desolada como un páramo desierto. Ya, cuando con los ojos entornados quisiera evocar las cosas del ayer, se le aparecía siempre aquel erial como un sudario echado sobre su juventud muerta. Enfrente de este horizonte banal é indiferente, creyó que su corazón moría por segunda vez. Desde este momento todo había concluído; se le quitaban hasta los sueños de sus recuerdos. Entonces lamentóse de haber cedido á la fascinación del hueco luminoso de la puerta, que se tragaba los días perdidos para siempre.

Iba á retirarse y á cerrar la puerta maldita,

sin intentar siquiera conocer la mano que la había violado, cuando vió á Miette y á Silverio. La vista de los dos niños enamorados, que espían sus miradas confusos, con la cabeza baja, la retuvo sobre el umbral presa del dolor más vivo. Lo comprendió todo. Hasta el fin debía ver reproducida la escena: allí estaban Macquart y ella, en brazos el uno del otro, en la luminosa mañana; por segunda vez era cómplice la puerta; el amor pasaba de nuevo por donde ya había pasado; aquello era el renacimiento eterno con sus alegrías presentes y sus lágrimas futuras. Tía Dida no vió más que las lágrimas, y sintió como un rápido presentimiento, que le mostró los dos niños heridos en el corazón. Estremecida por el recuerdo de los sufrimientos de su vida que estos lugares acababan de despertar, lloró por su querido Silverio. Ella era la única culpable; si ella no hubiera abierto el hueco en la pared, Silverio no estaría en aquel sitio, á los pies de una joven, embriagándose con una felicidad que irrita á la muerte y la hace celosa.

Al cabo de un momento acercóse, sin decir nada, á coger al joven por la mano. Acaso los hubiera dejado allí al pie del muro si no se hubiese creído cómplice de aquellas dulzuras mortales. Cuando regresaba á su casa con Silverio, volvióse, al oír los ligeros pasos de Miette, que se había apresurado á coger su vasija y huir de aquel sitio corriendo, dichosa por haber escapado tan bien. Tía Dida sonrióse involuntariamente al verla atravesar el campo como una corza escapada.—Aún es bien joven—murmuró.—Tiene tiem-

po.—Quería decir, sin duda, que Miette tenía tiempo de sufrir y de llorar. Después, volviendo sus ojos hacia Silverio, que había seguido con éxtasis la carrera de la niña en aquella pímpida atmósfera, añadió sencillamente:—Ten cuidado, hijo mío: de esto se muere.

Estas fueron las únicas palabras que pronunció refiriéndose á una aventura que removió todos los dolores adormecidos en el fondo de su sér. Se había creado una religión: la del silencio. Cuando Silverio hubo entrado cerró la comunicación con dos vueltas de llave, y tiró la llave al pozo; así estaba segura de que la puerta no la haría nunca cómplice. Volvió á examinarla un instante, y quedó satisfecha al verla tomar otra vez su aspecto sombrío de inmovilidad. La tumba se había vuelto á cerrar; el hueco luminoso estaba tapado para siempre por algunas tablas ennegrecidas por la humedad, verdosas de musgo, sobre el cual los caracoles habían llorado lágrimas de plata.

Por la noche tuvo tía Dida una de las crisis nerviosas que aún la agitaban de tarde en tarde. Durante estos ataques hablaba con frecuencia en voz alta, sin hilación, como acometida de una pesadilla. Aquella noche, Silverio, que la sostenía en su lecho, sintiendo viva lástima de aquel pobre cuerpo extenuado por las convulsiones, le oyó pronunciar jadeando las palabras «aduanero, disparo, asesinato». Defendíase, pedía gracia, soñaba en la venganza. Cuando la crisis tocó á su fin, experimentó, como sucedía siempre, un espanto singular, un temblor que hacía chocar sus dientes. Levantábase á medias, miraba con ojos ex-

traviados todos los ángulos de la habitación, y después se dejaba caer sobre la almohada, lanzando largos suspiros; sin duda era presa de alguna alucinación. Atrajo entonces á Silverio contra su pecho, y pareció comenzar á reconocerlo, confundiéndolo á cada instante con otra persona.—¡Ahí están!—balbuceaba.—¡Míralos; van á prenderte, y te matarán!... ¡Yo no quiero!... ¡Echalos! ¡Diles que no quiero; que me hacen daño mirándome así!... Y volvió la cara hacia la pared para no ver á aquéllos de quienes hablaba. Después de una pausa, continuó:—¿Estás cerca de mí, hijo mío? No me dejes... He creído morir... Hemos hecho mal en abrir la pared. Desde ese día he sufrido mucho. Bien sabía que esta puerta nos traería la desgracia... ¡Ah! ¡Pobres inocentes, cuántas lágrimas! ¡También á ellos los matarán á tiros como á perros!—Y cayó en un estado de catalepsia, y no sabía siquiera que Silverio estaba allí. Levantóse bruscamente, y miró á los pies de la cama con una horrible expresión de terror.—¿Por qué no los has echado?—gritó ocultando su encanecida cabeza contra el pecho del joven.—¡Allí están siempre! ¡El que tiene el fusil me hace señas de que va á disparar!...—Poco después durmióse con el sueño pesado que terminaba la crisis. Al día siguiente parecía haberlo olvidado todo. Jamás volvió á hablar á Silverio de la mañana en que lo había encontrado con su amada detrás del muro.

Los jóvenes estuvieron dos días sin verse. Cuando Miette se atrevió á ir al pozo, prometiéronse no volver á hacer lo que la antevíspera; sin em-

bargo, su entrevista, tan bruscamente cortada, les había hecho concebir vivos deseos de volver á encontrarse á solas en cualquier dichoso rincón. Cansados de las alegrías que les proporcionaba el pozo, y no queriendo disgustar á tía Dida viendo á Miette al otro lado de la pared, Silverio suplicó á la niña que le concediese citas en otra parte. Ella no se hizo rogar mucho, y aceptó esta proposición, riendo ante la idea de que iba á chasquear el espionaje de Justino. Cuando estuvieron de acuerdo, discutieron mucho sobre la elección del sitio donde habían de verse: Silverio propuso escondites imposibles; soñaba con hacer verdaderos viajes, ó bien con ir á ver á la niña á media noche en los graneros del Jas-Meiffren; Miette, más práctica, se encogió de hombros, diciendo que ella buscaría á su vez. Al día siguiente solo estuvo en el pozo un minuto, el tiempo suficiente para sonreír á Silverio y decirle que á las diez de la noche se encontrase en el campo de Saint-Mitre. ¡Calcúlese si el joven sería exacto! Durante el día le tuvo muy intranquilo la elección de aquel sitio. La curiosidad aumentó cuando entró en la estrecha senda.—Ella vendrá por aquí—se decía mirando hacia el camino de Niza. Después oyó un gran ruido de ramas tras el muro y vió aparecer una cabecita risueña, que le gritó alegremente:—¡ Soy yo!—Era, en efecto, Miette, subida como un pilluelo en lo alto de una morera. En dos saltos se puso en el suelo. Silverio la miró descender con asombro y encanto, sin pensar siquiera en ayudarla. Cogióle las manos, y le dijo:—¡ Qué ágiles eres! Trepas mejor que yo.

De esta manera se encontraron por primera vez en aquel oculto rincón, donde debían pasar tan buenos ratos. A partir de aquella noche, viéronse casi todas. El pozo no les servía más que para advertirse los obstáculos imprevistos en sus citas, el cambio de hora y todas las pequeñeces, importantes para ellos, que no admitían espera; bastaba que el que tenía que comunicar algo al otro moviese la polea, cuyo ruido estridente se oía de muy lejos; pero por más que algunos días se llamasen dos ó tres días para decirse niñerías de enorme importancia, no experimentaban verdaderos goces más que por la noche en la discreta senda. Miette acudía con rara puntualidad. Dichosamente dormía encima de la cocina, en un cuarto donde antes de su llegada se guardaban las provisiones para el invierno, y al cual conducía una escalerilla excusada; podía así salir á cualquiera hora sin ser vista por el tío Rebufat ni por Justino; pensaba, además, si éste último llegaba á verla, contarle cualquier historia, mirándole con aquel aire duro que le cerraba la boca. ¡ Ah! ¡ qué noches tan dichosas! Era á principios de Septiembre, el más hermoso mes en Provenza. Los amantes no podían reunirse antes de las nueve; Miette llegaba por el muro; bien pronto adquirió tal habilidad para franquear aquel obstáculo, que estaba siempre sobre la antigua sepulcral antes que Silverio le hubiese podido tender los brazos. Reía con toda su alma, y permanecía allí un momento, sofocada, despeinada, dando golpecitos en su falda para hacerla caer; su amado la llamaba riendo «pillette». En